

PRÓLOGO

Con éste, su primer libro de relatos, Luis Montenegro se inscribe en una tradición argentina de médicos escritores que se inicia con Eduardo Wilde y no se agota en Baldomero Fernández Moreno.

Basados en historias recuperadas de archivos españoles minuciosamente revisados por el autor, estos cuentos rescatan, con notable fidelidad lingüística, aventuras y paisajes de una España que alcanza el siglo XVI y que, en algún caso (“El reloj de Santillana”), llega hasta nuestros días. Una carta de amor que es algo más que una carta, un pueblo detenido en el tiempo, o un aventurero renacentista que resulta un personaje insospechado: por su sabor de crónicas que han conocido la tradición oral y que recogen gestos, nombres y ámbitos populares reconstruidos con devoción casi filológica, estos cuentos se relacionan, en prosa, con ciertas historias del romancero español. Anécdotas que van de las islas de ultramar a recónditas aldeas provincianas, desde el desliz de un cura anónimo al misterioso retiro de Carlos V, y que rematan, siempre, en finales que sorprenderán al lector.

Sylvia Iparraguirre

A ESPAÑA, QUE ILUMINA EL ALMA DE CUANTOS LA VISITAN

INDICE

Nota preliminar	pág. 5
Madrigal de las Altas Torres	pág. 6
Camino a Valladolid	pág. 16
La consagración	pág. 25
La luna sobre Yuste	pág. 29
La “Venta de la Corzuela”	pág. 43
El molino de “Gallocanta”	pág. 51
Historia de Melchor y de María	pág. 62
Un posadero en peligro	pág. 74
Carta para Lope	pág. 79
El Indiano	pág. 94
El reloj de Santillana	pág. 103

Nota preliminar

En mi vagabundear por los caminos de España me fue permitido recoger estas historias transmitidas de padres a hijos desde tiempos inmemoriales.

He puesto empeño en transcribirlas tal como se narraron y no tengo motivos para dudar que sean fidedignas.

No obstante, haber demorado tantos años en ordenarlas y en escribirlas, me dificulta recordar hoy donde y quienes me las confiaron.

Por momentos mi memoria poblada de olvidos, asegura que fueron dictadas por voces que reverberan en las piedras de pueblos centenarios.

En otros, sugiere que estos acontecimientos no son otra cosa que una enmarañada sucesión de mis propios sueños.

De cualquier manera, está probado que muchos de sus personajes tuvieron existencia real y ganada fama. Otros, aunque ignotos, se han mostrado generosos permitiéndome encarnar sus fantasmas y dejar que sus nombres tuvieran protagonismos necesarios.

Pero ha sido el afán de todos ellos el que me ha comprometido a perpetuar en estas modestas líneas emociones culminantes de sus vidas.

Quizás ignoren que no requieren embarcarse en estos relatos para mostrarse, pues tengo la certeza de que allí donde habitaron siguen y seguirán estando.

Al lector que peregrine hasta sus lugares sólo le bastará entonces, preguntar por ellos.

Luis C. Montenegro

Madrigal de las Altas Torres

Salvo él, parecía no quedar ya orfebres en Madrigal de las Altas Torres ni en los vecinos pueblos de Castilla. Temía por ello se perdiera el secular oficio familiar, pues tres hembras había parido Dolores su mujer y ningún varón.

Mientras estas cosas pensaba, Juan Francisco Fernández de Arfe, concluía el último de los tres prendedores de plata con cabezas de rosas idénticos y relucientes, en los que había trabajado para embellecer los faldones de sus amadas niñas.

Del buril, en sus manos hábiles como pájaros anidando, habían surgido formas delicadas y perfectas que, llevadas a su casa seguro estaba, llenarían de júbilo a sus hijas.

Juan Francisco era cuarto nieto de Juan Arfe de Villafañe, orfebre de Felipe II y autor del “Quilatador de la plata, oro y piedras” impreso en 1572 del que atesoraba un original. Se explicaba allí con detalle y pormenor, la técnica para la fundición, aleación y trabajo de los metales preciosos y otro tanto sobre calidades, corte y engarce de piedras preciosas.

Había sido el tratadista autor de las custodias sacramentales de las catedrales de Sevilla y de Valladolid, e hijo a su vez de Antonio de Arfe, orfebre afamado por la autoría de la de Santiago de Compostela en estilo plateresco.

Su padre y su abuelo, honrando el oficio, habían realizado obras menos conocidas pero, a su criterio, de ponderable valor artístico.

Madrigal de las Altas Torres que fuera residencia de Juan II de Castilla y en la cual naciera entre otros su hija Isabel, luego “la Católica”, se mostraba ya decadente en ese año del Señor de 1724.

El ruinoso palacio real y otras casas principales fueron por ello recuperados por órdenes religiosas para instalar sus conventos. La febril actividad política y comercial de otrora se había esfumado siendo sustituida por una cadencia pueblerina, quieta y pastoril.

Juan Francisco se sentía a los treinta y nueve años de alguna manera frustrado. Si bien poseía la técnica de su arte como el mejor y un taller montado para emprender trabajos de envergadura, creía no haber recibido aún reconocimiento suficiente a sus capacidades. De hecho, nadie lo conocía en el pueblo por “el orfebre”; quizá por “el herrero”, “el cerrajero” o “el hojalatero”.

Lo enorgullecía sí, ser el autor del atril filigranado con medallones de gemas semipreciosas que reposaba sobre el altar de San Nicolás y también de los copones, cálices y navetas encargados por un mercader de telas para donarlos a Santa María del Castillo.

Recordaba también con satisfacción que tres años atrás, había recibido el encargo de Don José Núñez de Céspedes, vecino de Almendralejo, para alhajar la capilla de su renovada casa-torre. Se trataba de un rico indiano quien retribuyó con holgada generosidad su trabajo.

Desde entonces ningún otro proyecto importante le había sido confiado.

No obstante, hombre bondadoso y cristiano cabal, agradecía tener una familia que lo colmaba de felicidad y que nunca hubiera faltado el pan en su hogar. De hecho sus tres hijas, Beatriz, Leonor y Antonia, habían sido educadas en el convento de las monjas agustinas.

También el producto de su trabajo resultó suficiente para comprar una heredad con su huerta, de la que se ocupaba Dolores con ayuda de las niñas. La cosecha de granos, frutas y hortalizas, proveía el consumo doméstico y el excedente era vendido en el abasto del pueblo.

Cavilaba sobre estas cosas sin olvidar la inminente llegada de su sobrino Agustín, enviado desde Arévalo por sus padres para intentar aprender el oficio familiar. No sabía si eso resultaría una ayuda para el taller o una carga para su casa.

De cualquier manera decidido estaba a complacer los deseos de su único hermano. Ya tendría tiempo de evaluar las condiciones del aprendiz a quien no veían desde pequeño.

A la salida de misa del siguiente domingo, en el atrio románico de San Nicolás, los aguardaba Agustín. Era un joven veintiañero, alto, bien parecido y ataviado con pulcritud. El pelo rojizo arremolinado potenciaba el brillo de sus ojos risueños. Un atado con ropas y un cesto con

setas, olivas, dulces y nueces para los hospitalarios tíos, completaban su equipaje.

Durante el almuerzo dominical el llegado se mostró alegre y locuaz. Al dar noticias sobre sus padres, contó con gracia los intentos vanos de éstos para encauzarlo al sacerdocio. La categórica opinión del obispo de Oviedo, bajo cuya tutela había vivido el candidato unas semanas, había derrumbado la ilusión paterna. El simpático relato, ilustrado con la imitación del asturiano acusándolo de algunas picardías, disparó la hilaridad de todos.

Agustín les confió también, que desde muy niño disfrutaba del placer por el dibujo. Al advertir que con esto había despertado la curiosidad de la familia, pidió permiso para mostrar algunos bocetos que traía consigo y su tío al verlos, se sorprendió. Apuntes a lápiz de una Sagrada Familia con influencias inocultables de Leonardo se encontraban fragmentados en varios folios. La definición de las formas, las líneas de fuga, el sombreado de los mantos y la firmeza de los bellos trazos, provenían de una mano dotada y hábil.

Juan Francisco se alegró, pues la principal condición de un buen orfebre es saber proyectar con exactitud y en escala perfecta. La lección primera, sin duda la más tediosa que debía ofrecer a su discípulo, parecía estar bien aprendida.

Leonor, la segunda de sus hijas, permaneció callada mientras comían. Un extraño cosquilleo en la boca del estómago la sorprendió y apenas probó bocado. Advirtió que no podía apartar los ojos de los de su primo e intentó disimular su turbación ajetreando fuentes y platos.

El amplio taller se encontraba a poca distancia de la casa. Allí habían aprendido el oficio Juan Francisco, su padre y su abuelo. También allí tendría su abrigo, lavabo, cuja y jergón, el recién llegado.

Esa misma tarde, tío y sobrino se instalaron a examinar docenas de dibujos que el artista guardaba en polvorientos carpetones. Disfrutaba por fin tener quien los discutiera y quizá, quien los valorara.

Por la noche, Juan Francisco confió a Dolores su agrado por la inteligencia viva y el interés en aprender que demostraba su sobrino. Alentaba fuera el eslabón ya casi inesperado para continuar la familiar cadena del oficio.

Aprovechó su mujer para reprocharle con ternura el gasto innecesario de los prendedores de plata para las niñas y obtuvo por

respuesta un abrazo tierno y conocido, al que se entregó callada y gozosa.

En Madrigal de las Altas Torres donde nunca nada pasaba, con la integración de Agustín a la familia y al aprendizaje, hubo novedades inesperadas: la madre superiora de las agustinas convocó a Juan Francisco para encargarle un significativo proyecto.

En el cenobio, antiguo palacio cedido por Carlos V a la Orden a través del Marqués de Oropesa al tiempo de retirarse aquél en Yuste, se encontraban los enterramientos de su hija, la infanta Juana, el de Isabel de Barcelós, abuela materna de Isabel la Católica y el de las infantas María de Aragón y Catalina de Castilla. Todos en un mismo y magnífico panteón de alabastro.

El paso del tiempo había ocasionado el natural deterioro y las religiosas deseaban la restauración y reemplazo de sus metales. Más aún; querían agregar un suntuoso remate sobre el monumento, con una barandilla rectangular filigranada en oro y plata con detalles de pedrería. Una cruz central sobreelevada y las figuras de los cuatro evangelistas sedentes en cada esquina, deberían completar la ornamentación en estilo gótico flamígero.

A Juan Francisco le bailó el corazón. Luego de años sin ser solicitado, se le hacía impensable enfrentar el desafío de una obra tan calificada. El taller, su propia casa y su familia se revolucionaron. De inmediato comenzó a plasmar ideas en bocetos, que corregía una y otra vez luego de evaluarlos con su sobrino.

El amanecer los sorprendía con frecuencia carbonilla en mano y sobre la mesa de trabajo. Para no interrumpirlos, Dolores les enviaba las comidas en manos de alguna de sus hijas. Leonor se excusó de hacerlo por la emoción inocultable que le provocaban los encuentros con su primo, pero al fin los pretextos se le agotaron.

Al abrirse la puerta se conmovió ante la mirada cálida de Agustín. Con prontitud y en silencio distribuyó platos, cucharas y viandas. Se movió con rapidez, casi sin levantar la vista y contestó con parquedad para no denunciar su turbación. Intentó distraerse observando los dibujos que ocupaban mesas, apoyos y paredes, y desatender así lo que conversaban los hombres mientras comían. El dulce sufrimiento que padecía era una nueva sensación para ella.

Terminados de comer Agustín la ayudó a recoger el menaje y al alcanzarle los trastos, sus manos se tocaron. Desconcertada temió dejar caer la loza, pero se sobrepuso. Saludó con apuro y regresó a la casa.

Desde esa primera oportunidad esperó con ansiedad sus turnos para llevar lo cocinado hasta el taller. Comprobó entonces que aquel encuentro de manos no había sido casual, pues de hecho se repetía y se prolongaba cada vez más. Agustín, a espaldas de su tío y simulando ayudarla, acariciaba sus manos cada vez con mayor descaro. Ella disfrutándolo, demoraba desprenderse del contacto aunque sin animarse a mirarlo a los ojos.

Leonor advirtió que ni su madre ni sus hermanas hacían comentarios sobre el huésped que a ella tanto conmovía, salvo los de circunstancias. Eso le dio tranquilidad y optó por tampoco ella nombrarlo.

Pero en él se deleitaba pensando. Las noches la sorprendían despierta dominada por una extraña emoción en la que temió hubiera algo de pecaminoso. Casi sin advertirlo comenzó a encontrarse con más frecuencia delante del espejo. Su pelo rubio lucía cepillado varias veces al día y la firmeza de sus pechos, se hizo ostensible bajo su ropa ahora más ceñida. Aparentaba cumplir sus tareas rutinarias, pero su corazón estaba dedicado sólo a esperar los fugaces encuentros con Agustín.

Las religiosas del convento se admiraron con la perfección de la maqueta que, tras meses de arduo trabajo, les presentaron tío y sobrino. Engrudo, papel, madera, hierro, escayola y pinturas, simulaban en tamaño natural la ornamentación que presentada sobre el mausoleo, se integró a éste con perfección realzando su belleza original.

Una semana más tarde recibieron la deseada conformidad. La comunidad en pleno suscribió con el orfebre un contrato ante el notario de número de Madrigal, estableciendo el costo de la obra, pormenorizados detalles de la misma y el tiempo de realización. En ese acto le entregaron al artista una letra por los escudos necesarios para comprar los materiales y poder así, iniciar sin demoras el trabajo.

El postergado sueño de Juan Francisco de realizar una obra que lo trascendiera, estaba a punto de cumplirse. En Mérida, donde se comercializaban las piedras y los metales nobles, encontraría todo lo necesario.

En pocos días ordenó sus cosas y partió dejando a su sobrino a cargo del taller y abrumado de instrucciones.

Leonor estuvo muy atenta a todas las novedades que se precipitaron sobre su hogar. Desde la partida de su padre el alma se le escapaba del pecho presintiendo un encuentro a solas con Agustín, no obstante, debió resignarse a esperar.

Una indisposición inoportuna la condenó a la cama por una semana, durante la cual sus hermanas Beatriz y Antonia llevaron las viandas al taller. La fiebre la transportaba a ensoñaciones calenturientas de las que regresaba extenuada, confusa y culpable. El mundo onírico que visitaba, le permitía disfrutar de fantasías que la vigilia le vedaba.

Cuando al fin se repuso, recibió exultante la indicación materna para realizar el mandado. Se esmeró con su atuendo. Su camisa blanca de lino con botones de madera contrastaba con la larga basquiña negra y el broche de plata regalo de su padre en la cintura, realzaba su talle grácil y esbelto. Una redecilla tejida con hilos color ciruela recogía su pelo dorado y sus ojos celestes, esa mañana resplandecían.

No bien su madre y sus hermanas partieron a las labores de la huerta, Leonor lo hizo con premura rumbo al taller. Unos metros antes de llegar descubrió a su primo aguardándola en la puerta. El corazón se le aceleró. Entendió que la ansiedad por el demorado encuentro era compartida y devolvió la sonrisa que su primo le regalaba sin rehuir esta vez su mirada. Había en todos esos gestos una entendida complicidad.

La puerta se cerró tras ellos. Agustín descargó con apuro los platos y la marmita con el guisado que le alcanzaban. Se volvió y sin titubeos la abrazó decidido contra su cuerpo. Leonor se sintió allí protegida y confiada y cuando su primo buscó su boca con la suya, se la ofreció sin remilgos mientras le devolvía el abrazo. Dejó que sus manos ávidas recorrieran libres su espalda, sus caderas y sus senos. La sorprendió su respirar agitado y cálido y eso la animó a no disimular su propia emoción. La redecilla se enredó en los dedos del joven y dejó que el pelo lloviera sobre sus hombros. Sin resistirse, sintió como los botones de su camisa se abrían uno a uno y luego la rosa de plata que prendía su falda, dejando deslizar sus ropas hasta dejarla de pie, desnuda y atenazando sus vergüenzas contra el cuerpo de Agustín. Con dulzura, éste desprendió el abrazo y en segundos se quitó las suyas.

A Leonor la excitó ver su sexo erguido y la poblada mata rojiza de su pubis.

Sobre el jergón, Agustín estrenó sin apuros su feminidad adolescente mientras llenaba sus oídos de frases tiernas y su cuerpo virginal de besos prolongados. Leonor se dejó transportar hasta compartir con él una incontenible explosión de gozo desconocido.

Quedaron luego en silencio entrelazados por caricias mutuas, y cuando manos y lengua la invitaron a renovar el placer, aceptó de inmediato ofreciendo su vientre palpitante y sus pechos juveniles y enhiestos.

No supo cuanto tiempo había transcurrido. Descendió de la nube en la que se hallaba y comenzó a vestirse con un apuro que intentaba ser pudoroso. Agustín, aún recostado, prolongó su placer mirándola cubrirse. Sin ocultar su propia desnudez se paró y la besó largo y profundo.

Le susurró al oído le asegurara que regresaría lo antes posible. A Leonor nada le costó prometerlo, pues sabía le pertenecía desde el instante en que lo había visto.

Dejó que le abotonara la espalda de la camisa y cuando quiso ayudarla con el prendedor de plata de su cintura lo detuvo. Apartó un instante de duda y se lo entregó rogándole lo conservara. Apretó su boca dolorida de besos sobre la de su amante y regresó presurosa a la casa.

Por fortuna llegó con tiempo suficiente para lavarse y acicalarse. Escudriñó con el espejo en la mano posibles huellas que delataran su secreto y agregó un delantal a su atuendo para disimular la falta del prendedor. Ya vería luego el momento de mentir su extravío.

La llegada de las mujeres la encontró bordando un mantel, manualidad colectiva en la que se turnaban las cuatro y deseaban concluir antes de la Navidad. Con fingido aplomo y sin levantar la cabeza de su labor, preguntó por las novedades de los sembradíos y recibió a cambio inesperadas noticias sobre su padre.

Un vecino con quien se había encontrado en Mérida había traído unas líneas del jefe de familia. Pidió leerlas y aprovechó para hacer cantidad de comentarios sobre las buenas nuevas de los negocios paternos.

Ahuyentaba con la charla los silencios por temor le preguntaran por Agustín y castigarse con un rubor traicionero, pero para su tranquilidad, nada de eso ocurrió.

Al caer el sol rezaron el rosario pidiendo por la salud y el pronto regreso de su padre. Su mente, sin embargo, se mantuvo muy lejos de todo ello.

Cenaron conversando con naturalidad y por fin llegó la hora del descanso. Era el momento que ansiaba. Al acostarse quedó protegida por la barrera de sus pensamientos y sin riesgo alguno de ser descubierta.

No había tenido tiempo de evaluar lo ocurrido ni de juzgarse a sí misma. Se sentía acosada por emociones encontrados que buscaban su lugar dentro de la dicha que la envolvía. Conocía la gravedad del paso que había dado y las consecuencias que éste podría acarrearle. Recordó tendría que enfrentar una difícil confesión para poder comulgar el siguiente domingo y eso la inquietaba. Resultaría curiosa paradoja acusarse de un pecado del que no se arrepentía, ni se proponía enmendar.

Dejaba esto, para deleitarse una y otra vez saboreando cada detalle de la maravillosa experiencia. El cuerpo se le estremecía tal soportara sobre sí y aún, el del hombre que amaba y con el que estaba segura ahora deseaba compartir su vida.

Al regresar del éxtasis, advirtió que sus hermanas a su lado descansaban apacibles sobre sueños de inocencia y a pesar de la oscuridad, una llama de vergüenza le quemó la cara. Decidió concentrarse en el rezo de otro rosario pero la fatiga la venció.

Agustín disfrutó del perfume que Leonor había dejado sobre su piel. Quedó recostado prolongando la intensidad de las sensaciones vividas, sintiéndose halagado por la fogosidad demostrada por esa dulce y bella niña al hallarse desflorada. Recordarla ardiendo entre sus brazos le instaló de nuevo el deseo en la sangre y notó que ésta pujaba bajo la manta.

Se vistió con lentitud. Hambriento, devoró su bien demorado almuerzo y luego comenzó a ordenar los cartones y las carbonillas dispuesto a regresar a su tarea.

Sobre la mesa, el prendedor de Leonor con sus rosas de plata perfectas y relucientes, testimoniaba la visita de su enamorada y la seguridad de las siguientes que ya anhelaba. Lo acarició con sensualidad disfrutando de su contacto.

Destrabó su gaveta privada del bargueño y lo depositó satisfecho junto a los otros dos, idénticos, con sus rosas de plata perfectas y relucientes, que parecían estar esperando la llegada de su trillizo.